

LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA.

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.



NOVIEMBRE N.º 53 GRANADA. REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V. 1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos a propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente a esta administración, en letras del giro mútuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones pero solamente de veinte y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Glorias de España. García Paredes, por F. F. V.—
Invocaciones á Dios, oriental, por J. de C. y O.—
Maria, novela por E. B.—¡Hay mas alla! por
F. D. C.

GLORIAS DE ESPAÑA.

GARCÍA DE PAREDES

I.

Complacerse en criticar á los demás, notar sus vicios y nunca sus virtudes, é interpretar á su manera las palabras y acciones, de quien, no estando presente, mal puede responder de ellas, ha sido ocupacion favorita de personas poseidas de la envidia, y de los ociosos cortesanos que circundan el trono de los reyes. De esta envidia y malevolencia cortesanas ya han sido víctimas algunos de los varones ilustres que han honrado á nuestra patria, y el gran GONZALO DE CÓRDOVA, á pesar de su indisputable mérito, lo era con

frecuencia en los salones de la corte del rey don Fernando el Católico. No eran sus defectos los que no podian sufrir aquellos orgullosos cortesanos; eran su mérito, su engrandecimiento y su fortuna; por esto daban á todas sus hazañas, que les hacian sombra, aquella maligna interpretacion, que por desgracia llegó al fin á ejercer su influjo funesto en el ánimo del monarca. Antes de que llegase este caso, y un dia en que varios señores, reunidos en las antecámaras de palacio, hablaban poco decorosamente del «Gran Capitan,» erigiéndose en jueces y censores de sus acciones, sonó de improviso detrás de ellos una vigorosa voz pronunciando estas palabras:

—Miente cualquiera que se atreva á calumniar el honor del «Gran Capitan.»

—¿Quién habla así? exclamaron los cortesanos, aturdidos con aquella voz de trueno.

—¡Yo! contestó, presentándose delante de ellos, un capitan recién venido á la corte, y cuyos desembarazados modales y reluciente armadura contrastaban singularmente con la seda, terciopelo y afectadas maneras de los murmuradores.

Tendria este hombre como unos cuarenta años, y algunas canas blanqueaban ya en sus cabellos y en su barba; pero era tal la expresion de severidad de las marcadas facciones de su rostro, afeado con algunas cicatrices, que imponia aun

á los mas osados. Los cortesanos sin embargo mirándole con desprecio le preguntaron con altanería:

—¿Es á nosotros á quienes van dirigidas vuestras palabras?

—A vosotros, replicó el capitán con su mismo aire marcial, y si alguno hay que sostenga lo contrario, ya puede recoger ese guante; y al mismo tiempo lo arrojó sobre la alfombra que cubria el pavimento.

Ninguno de los cortesanos tuvo tiempo de recoger el guante, habiendo de retroceder sorprendidos con la presencia del rey don Fernando el Católico, que sin anunciarse apareció de repente en medio de ellos. El monarca habia sin duda escuchado la conversacion, porque alzando el guante y devolviéndoselo al capitán le dijo:

—Guardad para mejor ocasion ese denuedo que en otras habeis sabido manifestar.

—No se debe hablar mal de quien acaba de conquistarme un reino. Retiráos, caballeros, espero que este lance no tenga resultados.

Despues, al verse solo el monarca con el hombre que tan resueltamente habia tomado la defensa de Gonzalo, le dijo:

—Sabeis, que merecia castigo el desacato de armar reyertas dentro de mi mismo palacio?

—¡Perdonad!... exclamó el capitán, al notar la severidad del monarca; pero este cambiandola de repente en benévola sonrisa y tendiéndole afectuosamente la mano contestó:

—Estais perdonado.

II.

Ya es tiempo de saber quien era este hombre desconocido con quien guardaba tales consideraciones el poderoso rey Católico de España. Era hijo de un antiguo soldado: habia nacido en Trujillo en el año de 1466, y ya desde los doce años habia seguido al lado de su padre la carrera de las armas. Habia hecho su aprendizaje en la guerra de Portugal, pasando despues á servir en la de Granada, encontrándose en la rendicion de Baeza, de Velez, de Málaga, embalsamada con sus jardines, y de Granada, orgullosa con su opulencia moruna y las soberbias torres de la Alhambra.

Despues, cuando la nueva guerra de Italia inflamó cuanto habia de noble y generoso en España, partió á despecho de su familia, á dar pruebas de su valor en aquel pintoreco suelo, donde ya le habia precedido la fama de sus proezas. Acreditó bien pronto que la tenia bien merecida, en la

toma de Montefiascone, y sobre todo en el asalto de Ostia, donde habiendo subido el primero á la brecha con espanto de los enemigos, gritó á los que venian en pos de él:

—¡Seguidme, españoles, yo os abriré el camino de la victoria!

Habia perseguido á los Orsinis, quitándoles las plazas de Zofora y de Faenza, y á los franceses los castillos de Cosenza y Manfredonia. Habia tenido gran parte en la toma de Cefalonia y de Rufo y se habia hallado en las batallas de Semmara, Ceriñolas, San Germano y Roca Guillerma. Se habia acampado á vista de las antiguas ciudades de Italia; habia dormido en los márgenes del Garigliano, meditando su célebre desafio á todos los franceses que defendian el puente, donde soatuvo él solo el choque de todo un ejército, hasta dar tiempo á los suyos de que se apoderáran de aquel importante paso; y por último habia entrado triunfante en Nápoles, la del hermoso cielo, antes de regresar á su patria y á su pueblo natal á la edad de cuarenta años. Ni fueron estas sus últimas campañas, porque su inextinguible ardor bélico y aquella necesidad para él de buscar ocasiones en que arriesgar su vida, le llevaron despues á los sitios de Verona y de Vicenza, y aun alcanzó á tomar parte en las tan memorables como gloriosas empresas de Carlos I de España.

Este hombre singular, de fogoso carácter y robusto cuerpo, en el que ostentaba las honoríficas cicatrices de treinta y seis heridas: este soldado modelo de todas las virtudes militares en aquellos admirables tercios de eterno renombre en el ejército español, se llamaba «Don Diego Garcia de Paredes.»

III.

El merecido renombre de este ilustre español estaba fundado, no solo en sus referidas hazañas, sino tambien en su carácter pundonoroso y caballeresco, y hasta en su prodigiosa fuerza corporal. De ambas cosas dió brillantes pruebas en su dilatada carrera militar, y es imposible hablar de ella sin citar algunas. En cuanto á su fuerza se cuenta que ya desde pequeño, arrancó un día la pila del agua bendita en la iglesia de su pueblo, y se la llevó á su madre para que tomase el agua con mas comodidad. Mas adelante no habia ningun mozo que le disputase el tiro de barra, y en cierta ocasion arrancó una reja que le estorbaba en lances de amoríos. En la toma de Montefiascone, él fué quien con su brazo de hierro, rompió las barras y cerrojos de la puerta princi-

pal, facilitando así la entrada de las tropas del sumo pontífice, que hicieron gran destrozo en la plaza. En el torneo de Barieta, peleando contra los franceses, entre quienes estaba Bayardo, *el caballero sin miedo y sin mancilla*, viéndose ya con tres heridas en la cabeza, sin espada, y solo contra tantos, se acercó al lindero del campo, y levantando á dos manos las enormes piedras que habian puesto para formar el billado, aplastaba con ellas á los enemigos que osaban acercarse. Esta serenidad que le acompañaba al hacer uso de sus portentosas facultades en momentos de mayor peligro, en ninguna ocasion se mostró con tanto realce como en la conquista de Cefalonia. Trataban los venecianos de recobrar esta plaza que les habian quitado los turcos, y llamaron en su auxilio á los españoles, aliados á la sazón con la república. García de Paredes, uno de los capitanes enviados, distinguíase como siempre por su valor, su fuerza y su estatura. Rechazando una salida de los enemigos, llegó de los primeros en su persecución hasta las murallas de la plaza, desde las que arrojaron sobre él varios garfios de hierro que se agarraron en las piezas de su armadura. Usábase por aquella época este artificio bélico, en la defensa de las plazas, desde las que hombres ejercitados lograban asir algunos campeones enemigos subiéndolos con espanto de cuantos lo miraban á encontrar su muerte sobre la muralla. El animoso García, ni perdió su serenidad ni trató de llamar en su auxilio, ni desprenderse de los garfios: todo al contrario, se dejó arrebatar á la muralla, cuidando únicamente de conservar su escudo y su espada.

Puesto arriba tendió sin vida á los primeros que se acercaron y abriendo paso al rededor de sí, se llegó á un parapeto que le cubria la espalda y allí se defendió por todo un día de numerosos enemigos.

Horrendos gritos de júbilo lanzaron los turcos, cuando al fin le vieron caer, rendido de fatiga y debilitado por la pérdida de la sangre. Lleváronle á una prision, donde á pesar de su estado le maniataron con fuertes cadenas. Allí permaneció encerrado, pasando grandes trabajos, agoviado por la tristeza y contrariado su génio marcial y emprendedor en aquella forzada inacción.

F. F. V.

(Continuará)

INVOCACION Á DIOS.

ORIENTAL.

*¡Oh Señor, oh Señor! Quiero invocarte
y no acierta mi lengua con tu nombre:
¿cómo, dime, oh mi Dios! debe llamarte
cuando á tus piés temblando llega el hombre?*

*Tú eres aquel que cuentas nuestras culpas
y palpas nuestro aliento imperceptible;
tú eres rey del humilde y del soberbio,
tú eres luz, tú eres vida inextinguible.*

*Disuélvese á tu voz, cual sal en agua,
la amargura del ánimo doliente:
á tu voz se aproximan ambos polos,
á tu voz se separan nuevamente.*

*Tú diriges á aquellos que dirigen
la humanidad, unciéndola á su carro,
ora ostenten en trono su potencia,
ora dócil se postre ante su ciencia.*

*Tú eres cielo cerrado, noche oscura
y antorcha al mismo tiempo de luz pura;
«Llueva» dices, Señor, y Acuario enjuto
súbito se rebosa y se derrama;
por tí lleva también el árbol fruto,
y el mar rugiendo por su Dios te aclama.*

*¡Oh tú, del cielo criador!
¡oh látigo de los vientos!
de eternos mantenimientos,
eterno abastecedor:*

¡Oh! bolso del indigente!
¡oh! escudo del desvalido!
¡oh! Señor siempre escondido!
¡oh! Señor siempre patente!

—
¿Dónde estás que no te toco
y te siento en cualquier parte?
¿Cómo sin nunca encontrarte
à todas horas te invoco?

—
El cachorro del leon
se nutre por tu clemencia,
y alcanza tu providencia
en su nido el gorrion.

—
¡Oh mi luz! ¡oh norte mio!
¡oh flor de perfume eterno!
¡oh dulce lumbre en invierno!
¡oh clara fuente en estio!

—
¡Oh arquitecto de la luna!
¡oh tutor de las hormigas!
¡oh tu que con seda ligas
la rueda de la fortuna!

—
¡Gigante que nos comprime
sin sentirse su contacto!
¡Dedo sutil cuyo tacto
la luz impalpable oprime!

—
¡Ojo que estas siempre alerta!
¡oh manantial de poder!
¡oh cerrojo del saber!
¡oh llave de toda puerta!

—
¡Oh criador que perfeccionas!
¡oh depósito de bienes!
¡oh tú, que en tu mano tienes
las lepras y las coronas!

—
¡Oh mi sol! ¡oh santo! ¡oh todo!
yo al contemplarte me abismo:
¿qué soy al fin por mí mismo?
paja, tierra, barro, y lodo.

Bendito mil veces seas,
bendito, Dios tremebundo,
que à tus piés tienes el mundo
y en mirarle te recreas.

—
Bendito sin fin, Señor,
ora dispares el rayo,
ora en mañanas de mayo
viertas aroma en la flor.

—
¡Oh pintor de sus colores!
¿Quién à ti te toma en cuenta?
tú eres puerto en la tormenta,
tú eres lluvia de favores.

—
En vano tu inmensidad
pretende medir el sabio:
la verdad està en tu labio,
la fuerza en tu voluntad.

—
Muéstrate, Señor, à mi:
ya besa el polvo mi boca:
à ti engrandecerme toca,
à mí humillarme ante ti.

—
¡Oh!... mi Señor me ha escuchado:
¡oh!... mi Señor aparece:
¡oh cuánto sol resplandece
à sus piés amontonado!

—
¡Qué de escalones de estrellas!
¡qué de vistosos jardines!
¡oh que sabrosos festines!
¡oh cuántas virgenes bellas!

—
Allí el talamo de paz:
allí el germen de la vida:
¡cuál mana de él la bebida
que influye eterno solaz!

—
¡Oh Señor! sediento estoy:
¡Oh mi Dios! tu hechura soy.
¡Oh Señor! à ti me postro:
¡oh mi Dios! vuelve tu rostro:
¡oh Señor! es saeta tu mirada:
¡oh Señor! tu grandeza me anonada.

J. de C. y O.

MARIA.

(CONTINUACION.)

Entonces Maria cuando estaba bien segura del sueño de la señora Lidoria, se volvía á su cama teniéndose por dichosa cuando la vieja no la obligaba por segunda vez á empezar con fatigada voz la lectura soporífera de las horas. Cuidado con que Maria reprimiese el menor bostezo!

Cuidado con que sus miembros tiritasen con el frio que los penetraba! Cuidado con que bajase la voz y sus ojos se adormeciesen, porque la reprendía al instante con voz inexorable, echándola en cara su ingratitud con palabras muy duras y aun insultantes.

La pobre niña sucumbía bajo el peso de tantos padecimientos. Sus mejillas poco ha, tan frescas y sonrosadas tomaban un color pálido y mate: sus ojos brillaban de un modo extraño y se hundían dejando cavidades con visos plomizos. Jamás la sonrisa entreabría sus labios, ni aun con las buenas palabras que le decía el obispo á escondidas.

A escondidas, porque la señora de Penevent se le redoblaba el mal humor así que notaba que la suerte de María, inspiraba compasion.

—No parece, decía, sino que yo la hago desgraciada?

La trato como á hija propia; no se separa de mí un momento, y tiene una cara tan triste que parece la muger mas digna de lástima que hay en el mundo! Es culpa mia que ella tenga un humor melancólico y un carácter sin expansion? Siempre gasta conmigo la reserva de una estrangera; se estremece al oír mi voz como si yo la causára miedo. Esto es insoportable; pero qué se ha de hacer! es una huérfana que no tiene mas apoyo que yo, y es preciso tener paciencia, porque si yo la abandonára, ¿qué seria de ella? Sí, María, decidlo, que hariais si yo os abandonára, vos que no teneis asilo y pan mas que por mi caridad?

Un año se pasó sin que hubiese mudanza en la penosa situacion de María y sin que una queja ó una reconvenccion, saliese de sus lábios.

Cuando hablaba de su bienhechora que así llamaba á la señora de Penevent, era en términos respetuosos, y siempre habia impuesto graciosa-

mente silencio á las personas que se compadecían de ella á costa del mal génio de la condesa.

—No me pertenece, les decía, juzgar ni dejar que juzguen á la protectora que me ha recogido. Nunca la pagaré bastante el agradecimiento que la debo. Estos sentimientos eran sinceros y los experimentaba en el fondo de su corazón. Pobre yedra, frágil y mezquina, ceñía con sus delicados lazos la vieja encina que le servía de apoyo, por arrugada que estuviese la corteza de este árbol!

María á pesar de la reserva que guardaba con todos los familiares y dependientes del palacio episcopal, no había dejado de conciliarse el afecto general por su amabilidad, su benevolencia y su hermosura. La amaban á ella tanto como aborrecían á la señora Lidoria, y estaban á quien mas elogios haría de la huerfanita dentro y fuera del palacio.

El obispo la quería como si fuera hija, y se le llenaban los ojos de lágrimas al verla sufrir las mortificaciones del génio insufrible de su hermana. Se ingeniaba de mil maneras para proporcionarle algun consuelo sin alarmar á la señora Penevent; pero esto tenia mala compostura y mas de una vez por aliviar á la huérfana empeoró su situacion.

El único momento del dia en que María podía disfrutar algun desahogo, era en la hora en que la señora Lidoria, despues de la comida, que segun la costumbre de la época se servía al mediodia, se entregaba á las dulzuras de la siesta, tendida en su lecho de reposo para dormir algunos instantes. María se retiraba entonces á su cuartito, abría la ventana y respiraba un poco de aire puro; porque la condesa no solo tenia por sistema el no salir nunca de su aposento, sino que exijía que las ventanas estuviesen siempre herméticamente cerradas. La claraboya que dejaba entrar la luz en el gabinete de María, daba á una plaza plantada de árboles, y tenia vistas á la derecha al jardin de la casa inmediata propia del mercader de paños mas rico de Soissons, cuya muestra *del árbol rojo*, gozaba de una fama y un crédito sin igual en la ciudad. La vida doméstica de la apacible familia que habitaba en aquella casa, ofrecía por su movimiento un espectáculo lleno de atractivos á la huérfana prisionera.

El mercader de paños se llamaba Juan Pastelot y tenia en su compañía á su madre y su hermana. La primera gobernaba la casa, y la segunda ayudaba á su hermano en las tareas de su comercio.

Ella era la que contestaba á los compradores, la que media las telas y la que llevaba los asien-

tos de cuenta y razón, maravilla ante la que se estasiaban cuantos venían á comprar á la tienda, porque en aquella época era milagro o que una muchacha supiese leer y escribir; pero Juana había tenido por maestro á su hermano y había aprovechado con prontitud las lecciones del que amaba y respetaba con todo su corazón. Cuando su padre murió no tenía más que cuatro años y Juan la prodigó desde aquel día cuidados paternales y un estremado cariño. Así es que ella no había tenido más que un pensamiento, un deseo, un objeto; complacer á su hermano, merecer una sonrisa de Juan y oírle decir con su voz grave y apacible.

—Eres una buena hermana.

Reinaba entonces la alegría en la casa y la señora Pastelot suspendía sus quehaceres domésticos para regocijarse con la buena armonía de sus hijos y participar de su satisfacción y su ternura.

Todos los días después de comer daban un paseo como de media hora en el jardinito que había á espaldas de la casa. A tales horas no venían parroquianos á el almacén porque todos los vecinos estaban comiendo ó durmiendo, por eso ellos aprovechaban el rato, para que les diese el aire, para charlar alegremente entre sí, regar las flores que coloreaban en sus platabandas, ó sentarse bajo un cenador entoldado con las anchas hojas y los dorados racimos de una frondosa parra.

Más de una vez el corazón de María se dilataba al presenciar la dicha que gozaban aquellas tres criaturas, y más de una vez se oprimía también pensando que ella no tenía ni madre que la amase, ni hermano que la protegiese. ¡Oh! que no hubiera podido ella, conforme lo hacía aquella jóven, pasar el brazo al rededor de la cintura de su hermano, mirarle con grata sonrisa, arrojarle suavemente á la cara, por retozona sorpresa, puñados de hojas de rosa y huir delante de él segura cuando la alcanzase de recibir un beso en la frente! Además ¡que interesante le parecía poder presentar el brazo á una madre que se apoyaba en él de firme, que bendecía á Dios en voz alta por la alegría que le causaban sus hijos y que nunca tenía para ellos ni una mirada severa, ni una palabra áspera! ¡Oh! que á tal precio, de buena gana se hubiera ella sentado detrás del mostrador de la tienda y se hubiera estado trabajando todo el día sin cesar! ¡Cuánto hubiera deseado asociarse á las tareas domésticas de aquella buena anciana! porque todo era felicidad en aquella familia tiernamente unida así en el trabajo como en el reposo.

María pues, pasaba el tiempo de la siesta de

la condesa, acechando con envidia las recreaciones de la familia Pastelot. Casi siempre la voz agria de la vieja venía á arrancarla de aquel risueño espectáculo y le era preciso volver á su vida monótona, sofocante, humillada: le era preciso aguantar todos los caprichos, todas las injusticias y griterías de la señora Lidoria, más amargas todavía para la jóven por el recuerdo de la paz y felicidad que acababa de presenciar.

Sucedió que un día Juana corría como una loca para escapar de su hermano, cuyos carrillos, había chafarrinado con una gorda cereza de las negras; María para no perder nada de aquella divertida escaramuza, se inclinó sobre la ventana, y fue vista por la alegre pareja. Casi avergonzados por verse sorprendidos en aquellas niñerías, y más por persona de casa del obispo, se pararon al instante: Juana encarnada y confusa fué á esconderse bajo el senador de pámpanos, y Juan fingió mirar con atención una rosa que descollaba en medio de un rosal. María no menos desconcertada se retiró precipitadamente de la ventana; más por pronto que lo hizo dió tiempo al mancebo de notar su hermosura y reconocer á la jóven que había visto hacía poco tiempo en casa del obispo, el día que fué á llevarle terciopelo para una casulla. La miró con tanta más atención, cuanto que María era objeto del interés de toda la ciudad, gracias á las maravillas de dulzura y paciencia que contaban de ella las gentes del palacio episcopal.

María estaba aun escondida detrás de la ventana con el corazón palpitante y trémula de emoción, cuando la señora Lidoria, que había estado llamando á la jóven sin que esta la oyese á causa de su turbación, llegó caminando de puntillas.

—¿Qué haceis ahí? exclamó triunfante por hallar al fin un motivo verdadero para reñir á María. He aquí el modo que teneis de abusar de mi confianza, y cómo vos sabeis aprovecharos de mi sueño! ¿Qué es lo que tanto escita vuestra curiosidad en esa ventana?

Se asomó y vió á Juan solo, porque el emparado ocultaba á su hermana.

—¡Intrigas por la ventana! ¡Inteligencias con un jóven! ¡Virgen Santísima! ¡Qué escándalos! ¡Buen modo teneis de agradecer la hospitalidad que os doy! Preciso es que la vieja abadesa que os educó, os haya inculcado á fé mia ideas muy singulares acerca del recato que conviene á las jóvenes. Lo entendeis, semejante estado de cosas no puede durar mucho tiempo. Voy á buscar á Monseñor, y convenir con él en lo que debemos hacer en tales ocurrencias,

Cuando la Señora Lidoria apelaba á su herma-

no y decia estas fatales palabras: *voy à buscar à Monseñor*, pasando del tono chillon à las notas mas bajas de su voz, era porque se disponia à emplear algun medio violento.

María que tenia esto muy bien sabido, exclamó consternada.

—En nombre del cielo señora, no me acuseis, no me condeneis sin oirme. No soy culpable mas que de haber mirado por casualidad al vecino jardin, y de haber sido vista por las personas que en el se hallaban.

—No añadais la mentira à la intriga, interrumpió asperamente la señora Lidoria, que hizo à la jóven ir delante de ella, la encerró en su cuarto dando dos vueltas à la llave y se fué enseguida à buscar al obispo.

IV.

EL REFUGIO.

La señora Lidoria halló al obispo maquinalmente arrellanado en un ancho sillón entregado à mil dorados ensueños. Al ver à su hermana que vino à interrumpir bruscamente su muelle felicidad, la beatitud soñolienta de su semblante, dulcemente animada con los recuerdos de sus juveniles años, tomó de repente una espression resignada que no se escapó à la vieja.

—Mi presencia te incomoda, hermano, le dijo, con una voz ahogada por la colera, pero los motivos que me traen a tu lado son graves y no admiten espera. Un escandalo vergonzoso deshonra tu casa! Si no le pones inmediatamente término, tendré que marcharme de ella.

—¡Ojalá! dijo para sí el obispo.

Pero en vez de espresar esta idea con sus labios ó con sus miradas, aproximó un sillón à la condesa y se volvió hacia ella para escucharla; pero la señora de Penevent, estaba demasiado ajitada para sentarse, ni permanecer quieta en un sitio. Así es, que recorria à grandes pasos la sala y cargaba los pies fuertemente sobre el pavimento. Sin este movimiento lleno de violencia, tal vez no hubiera podido hacer salir la voz de su garganta contraída por la colera, si bien esta voz salia articulada con sonidos asperos y guturales.

—María! exclamó al fin, María!... tú protegida! Ahora mismo acabo de sorprenderla haciendo gestos desde la ventana de su cuarto a un jóven, al pañero Juan Pastelot! He tenido que arrancarla de la ventana, que encerrarla en mi cuarto despues de haberla reprendido, como merecia;

su indigna conducta!.... Y ahora vengo.... ¿Qué es eso? ¿Te ries de lo que digo? ¿Parece que estás satisfecho de tu propia deshonra, pues que la deshonra es de tu casa? Por santa Lidoria mi patrona, que esto es para volver loca à cualquiera!

En efecto habiase dilatado la fisonomía del obispo à las palabras de la señora Lidoria: cuando la refirió la supuesta intriga de María con el pañero, frotóse las manos y se aproximó à la chimenea para calentarse mas cómodamente las plantas de sus dos gruesos pies. El disgusto no apareció en sus facciones sino desde el momento en que la condesa contó los medios de violencia empleados por ella.

—Todo se ha perdido!... Todo se ha perdido! hermana, dijo con cierto aire de importancia y sonriéndose como para desmentir algo sus palabras. Si hubieras fingido no ver nada, antes de quince dias hubiera recibido la visita de maese Juan Pastelot, que vendria muy humildemente à pedirme la mano de mi protegida. Juan Pastelot es un buen muchacho, incapaz de amar à una doncella con otros fines que los de casarse con ella, sobre todo cuando esta doncella está bajo mi proteccion! Él es piadoso, morijerado; provee de paños y seda à nuestra casa episcopal, pero por tus gritos y tu carácter violento todo lo hemos perdido. Te lo repito, tú has ahuyentado à los hermosos pájaros que principiaban à gorjear la cancion del amor, y ahora nos costará un trabajo inmenso volverles la voz.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que María no hallará un esposo mejor que Juan Pastelot, y que quiero reparar el daño que has causado à sus amores ahuyentándolos tan imprudentemente. En fin, con el favor de Dios espero poner las cosas en buen camino.

—Y es así como debes mirar por el honor de tu casa? ¿Es así como cumples lo que el deber te impone? Ya sé lo que debo hacer! exclamó la condesa, lanzándose fuera de la habitacion de su hermano y cerrando la puerta con tal violencia que pareció estallar un trabucazo; toda la casa se estremeció desde sus cimientos.

El obispo sin prestar atencion à este acto de violencia, cojió un pito de plata y à su sonido acudió uno de sus pages.

E B.

¡HAY MAS ALLA!

Lloras? Del fondo de mi pecho brotan
torrentes de amargura,
y ya las fuerzas de mi ser se agotan
en la contienda dura.

Soné dichas, y hallé tristes dolores,
soné paz, y hallé guerra.
Goces, grandezas, ambicion, amores,
¿quién me dará en la tierra?

Yó, como el ave que perdió su nido,
Triste viajero errante,
cruzando voy por la estension perdido
doliente y anhelante.

Voy cruzando por ásperos caminos,
y en mi suerte contraria,
no encuentro ni un arroyo cristalino,
ni palma solitaria.

Hiel és, no llanto lo que el alma vierte,
perlas de su temoro,
herido llevo el corazón de muerte
—¡y preguntas si lloro!

Dijo el alma, y entonces voz suave
vibrando en torno va:

—El que sabe sufrir, su dicha sabe,
Alienta ¡Hay mas allá!

F. D. C.

CORRESPONDENCIA.

ALMERIA.—D.^a G. C. de A. recibidos los 48 rs. y servida la nueva suscripcion, V. tiene abonado hasta fin de Abril del 80, nada debe pues, y le damos gracias por su bondad.

BARBASTRO.—Sr. D. M. C. recibimos el importe de las obras, que creo estarán ya en su poder, le agradecemos su eficacia.

BERMEJO DE SAYAGO.—Sr. D. F. G., recibidos los 16 rs. que en su nombre nos envia D.^a F. M., el deseo de dicha señora queda cumplido.

CASTRO DEL REY.—Sr. D. A. F., en nuestro poder los 28 rs., puede V. decirnos los números que le faltan pues nuestro deseo es complacerle,

GUIJO.—Sr. D. L. A., recibidos los 24 rs. con los cuales deja pagado hasta fin de Abril próximo, le damos gracias por su esactitud.

HINOJO SA.—Sr. D. P. S. G., llegaron á esta administracion los 12 rs. y le damos gracias por su bondad.

ILLORA.—Sr. D. A. C. F., recibidos los 130 rs., y no encontramos frases para manifestarle nuestra gratitud por el interés que le inspira La Madre de Familia.

TORNOS.—Sra. D.^a F. M. V., en nuestro poder los 24 rs. y le remitimos el número que desea.

TUY.—Sr. D. R. P., Muy señor nuestro; recibidos los 24 rs. y le damos gracias por tanta eficacia, pues lejos de caer en falta, deja abonado con dicha cantidad hasta fin de agosto del corriente año.

ALDEÁLPOZO.—Sr. D. F. U. R., estamos conformes con su cuenta; hoy le remitimos á D. P. P. todo el año 79.

PICASET.—Sr. D. V. E., de acuerdo con su liquidacion, y le damos las gracias por su bondad.

SEVILLA.—Sra. D.^a V. R., recibidos los 12 rs. y le agradecemos su eficacia.

MAZARRON.—Sr. D. J. M., llegaron á esta los 16 rs., gracias por su puntualidad.

MONDA.—Sra. D.^a F. G. L., Muy señora nuestra: recibidos los 52 rs., y servidas las dos nuevas suscripciones, por todo lo cual puede estar segura de nuestro agradecimiento.

MURILLO DE RIOLEZA.—Sr. D. J. C. B., muy señor nuestro: recibidos los 40 rs., y distribuidos del modo que indica, hoy remitimos los números que pide para D.^a J. Z.

VILLALVA DE GUARDO.—Sr. D. J. M., en nuestro poder los 48 rs. y distribuidos entre usted y D.^a M. C., gracias por su bondad.

PEÑAFLO.—Sta. D.^a A. M., hemos recibido las tres pesetas, y le seguiremos mandando el periódico pues tenemos un honor en ello.

PEÑAFLO.—Sra. D.^a S. M. L., en mi poder los 24 rs., le enviamos los años 76 y 77, y los números que le faltan.

PURCHIL.—Recibimos de D. M. J. A. 80 rs., mas los 20 anteriores hacen un total de 100 rs. Las cinco suscripciones hata fin de 1879 importan 120 rs., resta 20. Desde 1. de enero de 1880 solo remitiremos dos números.

LUPION.—D. J. L., recibí los 16 reales, y le abono tambien los 8, por lo tanto deja pagado hasta fin de Diciembre de 1879.

SANTA MARÍA DE LA RIAZA.—D. E. T. quedan hechos los apuntes tal como indica. La suscripcion de D.^a M. N. de A., y la de usted quedan abonadas solo hasta fin de octubre de 1879. Si le falta algun número puede pedirlo y al momento se le remitirá.

SEGOVIA.—Sta. D.^a D. de R., recibí los 16 reales, y queda satisfecho hasta fin de 1879.

EL ADMINISTRADOR.

Granada:—Imp. de «La Madre de Familia.»